



**BOLETÍN**  
**LETRAHERIDOS**  
**Diciembre 2018**

 Organizador: **Juan Pablo Fuentes**  
*Cuchitril literario*  
[www.liblit.com](http://www.liblit.com)

 Maquetador: **Sergio Bonavida Ponce**  
*Un tranquilo lugar de aquiescencia*  
[www.untranquilolugardeaquiescencia.com](http://www.untranquilolugardeaquiescencia.com)

 Ilustración de portada: **Rita Muñoz**  
*Instagram*  
[@ritixart](https://www.instagram.com/ritixart)

 Especiales gracias a **Calàbria 66**.  
Espacio vecinal para actividades culturales.  
<http://www.calabria66.net/>

El boletín letraheridos es una publicación sin ánimo de lucro. La lectura de esta publicación es responsabilidad exclusiva de cada usuario. Los creadores del boletín no se hacen responsables de los textos enviados por sus miembros y publicados en este boletín. Cada miembro asegura que los textos enviados son de su autoría y que expresan únicamente sus fantasías y opiniones. La lista de libros recomendados conjuntamente con el nombre de sus respectivos autores puede contener errores tipográficos.

© Boletín letraheridos 2018

## PRÓLOGO

Empezamos a organizar los encuentros de letraheridos con varias ideas en mente.

**Una**, poder hablar de libros y literatura alejados del esquema clásico del club de lectura, que obliga muchas veces a leer libros que no nos gustan. Al escuchar varias recomendaciones uno puede elegir aquella que le llame más la atención, tener un abanico más amplio en el que escoger y charlar sobre autores que se hayan leído en común.

La **segunda** era crear la obligación de escribir un relato para cada encuentro. La única manera de mejorar en algo es practicándolo y con frecuencia tenemos las ideas pero no la motivación para sentarnos a escribirlas. En el transcurso de los dos años que llevamos en marcha se han leído muchos cuentos y doy fe de que cada vez son mejores.

Una **tercera** motivación era propiciar un encuentro entre personas a las que les gusta leer y otras a las que les gusta escribir, que suelen coincidir pero no siempre. Los escritores tenían un público,

los lectores cuentos en primicia y se rompen las barreras entre creador y receptor.

Debo confesar que, con el paso del tiempo, lo mejor de estas reuniones ha sido lo que no teníamos previsto desde el principio. La creación de un grupo de amigos con los que tener una agradable charla y que se han convertido, al menos en mi caso, en la principal razón para no faltar ni un sábado.

Gracias a todos los que hacéis posible letraheridos.

*Juan Pablo Fuentes*

## HERINDÍCETRA

<b>PRÓLOGO .....</b>	<b>3</b>
<b>RECOMENDACIONES.....</b>	<b>7</b>
24 de Noviembre de 2018.....	8
8 de Diciembre de 2018.....	10
22 de Diciembre de 2018.....	13
<b>TEXTOS.....</b>	<b>15</b>
Sandra Ferrer.....	16
Cuento de Navidad .....	16
Laura Pi.....	22
La máscara de soldar.....	22
¡Oh, vegana Navidad! .....	28
Mireia Vancells .....	42
La migdiada .....	42
I si perdonar no és una opció? .....	45
Miriam Jareño .....	48
Recuerdos de verano.....	48
Raquel Cortés .....	53
Perkele escribe por mí .....	53
Tradiciones Familiares .....	61
Una noche. Infinitas noches.....	65
Sergio Bonavida Ponce .....	71
Feliz Navidad, Señor Scrooge .....	71
Sílvia Fortuny .....	76
Què vols?.....	76

Juan Pablo Fuentes .....	80
Luces de Navidad .....	80
<b>ESTADÍSTICAS .....</b>	<b>90</b>
Autores recomendados .....	91
<b>LETRINUARÁ.....</b>	<b>92</b>

## **RECOMENDACIONES**

## **24 de Noviembre de 2018**

---

**L** Rosa

«La barca del tiempo»  
de Cristina Peri Rossi

**L** Sandra

«Los desterrados»  
de Kamila Shamsie

**L** Jordi

«El cuento de la lotería»  
de Shirley Jackson

**L** Juan Pablo

«Estellés de mà en mà»  
de Vicent Andrés Estellés

**L** Miriam

«La bella otero»  
de Carmen Posadas

**L** Juan Carlos

«Libro del desasosiego»  
de Fernando Pessoa

**L** Toni

«Gracia y desgracias de Castilla la  
vieja»

de Ramón Carnicer

 Dani

«Mujeres»

de Eduardo Galeano

 Mireia

«Construye tu sueño»

de Luis Huete

 Jordi

«En la orilla»

de Rafael Chirbes

 Montse

«Agnes Grey»

de Anne Brontë

 Sergio

«El perseguidor»

de Julio Cortazar

 Silvia

«Perdonar lo imperdonable y lo  
imprescriptible»

de Jacques Derrida

## **8 de Diciembre de 2018**

---

📖 Toni

«Mirada retrospectiva»  
de Lou Andreas-Salomé

📖 Silvia

«Trilogía transilvana»  
de Miklos Banffy

📖 Juan Carlos

«En el culo del mundo»  
de António Lobo Antunes

📖 Rosa

«Veinte poemas para ser leídos en el  
tranvía»

de Oliverio Girondo

📖 Sandra

«Malas ventas»  
de Alex Robinson

📖 Nati

«Io viaggio da sola»  
de Maria Perosino

📖 Jose

«La palabra»

de Irving Wallace

 Lola

«La sombra del viento»

de Carlos Ruiz Zafón

 Juan Pablo

«Cuentos carnívoros»

de Bernard Quiriny

 María

«Senda hacia tierras hondas»

de Matsuo Basho

 Sergio

«Días enteros en las ramas»

de Marguerite Duras

 Raquel

«Poesías Completas (1909-1962)»

de T.S. Elliot

 Miriam

«Vlad III Drácula »

de Matei Cazacu

 Laura

«Coraline»

de Neil Gaiman

 Magda

«El abanico de seda»

de Lisa See

📖 Raquel (2)

«Las 5 trampas del amor»

de Iñaki Piñuel

## **22 de Diciembre de 2018**

---

📖 Juan Pablo  
«Ante todo, no hagas daño»  
de Henry Marsh

📖 Dani  
«Palavras cruzadas con literatura»  
de Paulo Freixinho

📖 Miriam  
«La vida de una Geisha»  
de Mineko Iwasaki

📖 Laura  
«American Gods»  
de Neil Gaiman

📖 Silvia  
«Un cuento de Navidad»  
de Charles Dickens

📖 Toni  
«El crisantemo y la espada»  
de Ruth Benedict

📖 Raquel (2)  
«El gran tratado de la caca»  
de Martín Piñol

📖 Sandra

«Lo que más me gusta son los  
monstruos»

de Emil Ferris

📖 Jordi

«Cementerio de animales»

de Stephen King

## **TEXTOS**

## **Sandra Ferrer**

---

### **Cuento de Navidad**

La fiesta de cada año de Javier y Olga. La fiesta de Navidad. El pacto de huír de enredos familiares a media tarde y lanzarse a la juerga entre amigos. Siempre les pareció una de las mejores tradiciones del grupo. Ya duraba seis años, pero aquel iba a ser un poco menos fácil. Hacía siete meses que Raúl se había ido. Una tarde bastante calurosa decidieron re-partir discos y libros civilizadamente y andar cada uno por su lado. Se habían visto muy poco desde entonces.

Anna se vistió rápidamente. Escogió una falda roja por ser Navidad. Decidió no llevar gafas y se pintó un poco más de lo habitual los ojos. Aquellos preparativos la ponían nerviosa. Pasó la comida familiar como pudo, sin beber demasiado. Sonrió bastante y repartió los regalos que había comprado. A ella le regalaron un abrigo verde que le gustó y decidió ir con él a la

fiesta. Se alegró de tener una excusa para marcharse pronto de la reunión familiar, pero en cuanto puso un pie en la calle sintió la angustia por el reencuentro inminente con Raúl.

Javier y Olga la recibieron con muchos besos y enseguida vio que había bastante gente en la fiesta. Olga le indicó con un movimiento de cabeza dónde estaba Raúl. Le agradeció el gesto con un guiño y después de saludar a un par de personas se dirigió allí. Raúl le sonreía. Llevaba una copa de cava en la mano. Se abrazaron y hablaron un poco. Pronto se quedaron sin mucho que decir, así que Olga, que estaba atenta a todo, se les unió con una amiga y Anna aprovechó para ir a buscar una bebida a la cocina. Allí había un par de tipos hablando y uno la miró fijamente. No era muy alto, el pelo algo canoso y no muy abundante, barba y bigote lucían bien arreglados. La observaba con unos ojos demasiado grandes, aumentados. Las gafas eran de pasta negra gruesa.

«¿Qué quieres tomar?» le preguntó.

«Cava». Le sirvió una copay le tocó la mano al dársela.

«Gracias». Siguieron mirándose y Anna le sonrió. Salió de la cocina y vio que Raúl conti-nuaba charlando con Olga y su amiga. Sus miradas se cruzaron un instanté y él volvió a la conversación. Anna dio unossorbos al cava y, por hacer algo, se fue al baño. Se sentó en la taza y se fijó en los dibujitos de renos del papel de wátermientras bebía más cava. No quería salir, pero oyó ruido al otro lado de la puerta y se sintió obligada a liberar el aseo. Ahí estaba el tipo de los ojos gigantes sonriéndole. Él le preguntó cómo se llamaba y charlaron unos minutos de cual-quier cosa. Sin pensárselo demasiado el tipo la cogió por la cintura y le dio un beso. «Aquí no» ordenó Anna. Salieron discretamente del apartamento, un quinto, y empezaron a subir escaleras. Iban cogidos de la mano y cada pocos escalones el tipo la empujaba contra la pared y se besaban y manoseaban unos segundos. En esos parones, más que cualquier otra cosa, Anna sentía como aquella barriga recubierta de lana y cenefas

navideñas la aplastaba cada vez un poco más. Los besos tenían ese regusto típico de la época, a polvorón y alcohol.

Llegaron al descansillo del sobreático. Solo había una puerta y no se oía absolutamente nada. A esas alturas ella ya llevaba la blusa medio desabrochada. De nuevo se besaron un poco y luego se separaron un segundo. Anna volvió a mirar al tipo, a su jersey navideño y a su entrepierna. Él se desabrochó el pantalón, se acercó y se apretó contra ella. La besó más, con besos aumentados, como aquellos ojos de dibujo manga que tenía. Se sentía medio ahogada, su lengua perdida en todo aquel alboroto. Intentó subirse un poco la falda y metió la mano en aquellos calzoncillos salpicados de dibujos de copos de nieve. «Ok, irá bien, está bien, tranqui, Anna» se dijo. Pero llevaba medias negras, tupidas y muy apretadas, muy poco prácticas en una situación así. Para facilitar las cosas, se giró contra la pared, se subió más la falda e intentó bajarse las medias. El tipo se esforzaba por detrás, una mano sobre su cadera, los pantalones en los

tobillos, las piernas un poco flexionadas, los árboles de Navidad del jersey asfixiándola. Y aquellos panties de mierda que no se bajaban. Y deseó que mientras follaba con aquella especie de Papá Noel, si es que lo conseguía, nadie se llevase por error su abrigo verde nuevo, porque le encantaba. El tipo paró un segundo para ponerse un condón y Anna volvió un poco la cabeza para observarlo e imaginó que sus huevos eran bolas de Navidad bañadas en purpurina. Aquello la animó. En esa pausa, por fin consiguió bajarse las medias y se giró de nuevo contra la pared. Y el hombrecillo de los grandes ojos aumentó todo él, y las bolas del árbol tintineaban y alguien cantaba villancicos y los abetos de lana la aplastaban y varios renos de papel corrían alegres y había purpurina por todos lados y burbujas de cava y el abuelo del sobreático salió a felicitarles la Navidad.

Anna volvió la primera a la fiesta. Enseguida divisó a Raúl, que seguía con una copa de cava en la mano y se tambaleaba un poco. Se acercó y él la abrazó y le dijo al

oído: «¡Feliz Navidad, preciosa!». La besó en la mejilla, la apretó un poco más y, de nuevo, al oído, le susurró: «Tienes una carrera en las medias».

## **Laura Pi**

---

### **La máscara de soldar**

Alina se tambaleaba, perdía el equilibrio y su aliento apestaba a ginebra, pero quiso dar el discurso que había preparado para la ocasión. Aunque borracha, podía articular palabras y fumar cigarros continuamente, manchándolos del carmín de sus labios, color que destacaba en la palidez de su piel.

Se dirigió con torpeza al estrado y, al chocar levemente con el ataúd que había en medio de la estancia, tiró un beso a su ocupante y, sin querer, manchó el cristal que lo cubría con su saliva hedionda.

Tosió tres veces antes de empezar, y los asistentes dudaron ante el dilema de impedir tal bochorno o simplemente dejarla hacer, puesto que había sido un duro golpe para ella y estaba en su derecho de despedirse. Lo único que no entendían era el extraño modo en el que enterraban al difunto: con la máscara de soldador cubriéndole el rostro.

–*Querriiiiido*– pronunció lentamente y con dificultad-, recuerdo el día en que te conocí. Iba a comprar el pan para el capullo de mi padre y tenía que pasar por el puente de madera. Cuando pasé a tu lado, oí un relincho y me giré. Me habían dicho de todo: guapa, tía buena, monumento, escultura, ángel... incluso zorra y putita...

Una sesentona vestida de luto hizo el amago de levantarse al escuchar tales groserías, pero su marido la sujetó firmemente del brazo, impidiéndole el movimiento. Alina siguió pronunciando exageradamente las palabras que tenía escritas en un papel arrugado.

–Pero nunca, *nuuuunca* en la vida me habían relinchado. Por eso te miré, a ti, que estabas reparando el puente a cuatro patas, soldando las juntas con esa máscara que te daba un aspecto de lo más equino. No te dije nada por timidez, y porque tenía prisa porque el cabrón de mi viejo me tenía de criada y si llegaba tarde me caía una buena. Sin embargo, en aquél momento supe que sería tu amazona y tú el pequeño pony que

pedí al capullo de mi padre de pequeña y que me costó una buena paliza.

Todos permanecían en silencio, sorprendidos por el hecho de que Alina no se expresara con tristeza, sino que sus palabras eran proyectiles propulsados por la creciente rabia que parecía arremolinarse en su interior; y sus brazos acompañaban su discurso con tales aspavientos que, cuando el cigarrillo que colgaba de sus dedos amenazaba con desprenderse, los espectadores de la primera y la segunda fila, en un acto reflejo, movían sus cabezas en un intento de apartarse de su posible trayectoria.

—Y pasaron los días y yo siempre pasaba a comprar el pan a la misma hora, y ahí estabas tú, de cuatro patas sobre los tablones del puente con la máscara de soldar. Y siempre, *sieeeeempre*, tenía oportunidad de escuchar tu relincho. Pensé que tanto escándalo venía porque tendrías hambre, y un día en que mi padre había ido al médico, aproveché que no tenía prisa para comprarte un bollo en la panadería.

Alina hizo una pausa y por un momento su gesto se endulzó, dando la sensación a los presentes de que su corazón se había ablandado al recordar esos momentos.

–Cuando te di el bollo– prosiguió–, te quitaste la máscara por primera vez y al ver tus ojos, éstos me absorbieron y me hicieron caer en un pozo sin fondo. El pozo del amor.

En este punto, se guardó el arrugado papel en el escote y sus dedos se dedicaron a atrapar algunas lágrimas que se le habían escapado y que ahora dejaban sucias estelas de rímel en sus mejillas.

–En ese momento supe que te amaría de la misma manera en la que creía que se debían amar dos desconocidos que se descubrían por primera vez: eternamente, hasta el final de nuestros días.

Unos jóvenes que estaban sentados en el último banco se miraron con ternura y entrelazaron sus manos con fuerza. Una adolescente suspiró. Sin embargo, el rostro de Alina volvió a endurecerse y la rabia hizo su aparición de nuevo.

–Luego supe que no tenías hambre de bollo, no. Tú relinchabas por hambre de

yegua. ¡Y yo que, ingenua, creía que sería tu amazona!, ¡ija! Fuiste tú el jinete que me montaba diestramente. Y azotabas mis nalgas con tanto vigor que el rubor se instaló en ellas permanentemente.

La señora mayor que había intentado levantarse anteriormente se santiguó al oír esto. Su marido, sin embargo, dibujó una leve sonrisa en su rostro.

–Así que pasé de ser propiedad del capullo de mi padre, su criada; a ser la tuya. Pero no desesperé porque así era como creía que debían ser las cosas.

Algunas mujeres se inquietaron, reacomodándose en sus asientos como si de repente un mosquito les hubiese picado en el trasero.

–Y lo seguí creyendo... Hasta anteayer. Nunca pensé que me quedaría viuda tan joven. Y aunque me da pena que te vayas tan pronto, nunca en la vida me he sentido mejor.

El rostro de Alina ahora reflejaba alivio.

–Te conocí con esta máscara puesta, y así te quiero recordar. Fuiste mejor persona cuando no te conocía, y así es como quiero

despedirte, como ese hombre que me encontró atractiva, que me quiso para sí – dijo, esbozando una grotesca sonrisa-, no quiero recordarte como ese señor malhumorado que me daba órdenes y esperaba que le sirviera. No.

Parecía que al decir esto la borrachera se le había desvanecido por arte de magia. Ahora su mirada era clara y su actitud firme, aunque relajada.

–Así llegaste a mi vida y así te vas a ir. Ahora... al fin...– dijo, tirando el cigarro al suelo y pisando la colilla con fuerza- ahora soy libre.

Y tras estas palabras, Alina se fue sin mirar atrás, dando la espalda a la muerte y abriéndose paso hacia la vida.

## **¡Oh, vegana Navidad!**

En comisaría hay un ambiente bastante festivo, y cuando se hace el silencio puedo oír a lo lejos las risas y los brindis de los agentes.

Las otras celdas están llenas de borrachos. Normal, es nochebuena y el estado hace una gran recaudación con los controles de alcoholemia. A ellos les soltarán cuando pasen a buscarles o cuando hayan dormido la mona. Conmigo es distinto, están esperando la llamada que les indique a qué prisión debo ingresar. Por esa razón, y por ser activista, estoy solo. Prefieren que no infunda mis peligrosas ideas a ningún otro detenido.

El estómago me ruge, hace cuatro horas que me dieron un paquete con dos magdalenas y un zumo. El zumo me lo he ido bebiendo a sorbitos, pero las magdalenas siguen ahí tiradas sobre el colchón mugriento. Aunque me he quejado, los responsables se han limitado a encogerse de hombros y a negarme otro alimento que no sea esa masa de harina

refinada con aceites vegetales y grasa animal. Antes morir que comerme eso.

Por suerte estoy en la última celda del pasillo, así que los sonidos de los demás habitáculos me llegan bastante amortiguados, excepto, claro está, los de la celda contigua, cuyos ocupantes están empeñados en cantar la marimorena en bucle, ignorando los gritos de la siguiente celda en la que hay un gitano que intenta dormir y que profiere maldiciones cagándose en los muertos de todos.

Yo me uno a la marimorena silenciosamente haciendo el acompañamiento con una guitarra imaginaria, rasgando unas cuerdas inexistentes, dibujando acordes en el aire y escuchando la música en mi mente. Si no puedes con el enemigo, únete a él.

En los silencios, hago magníficos solos que solamente yo puedo disfrutar. Creo que nadie sabe que yo estoy ahí, hambriento y solitario, medio loco y casi feliz.

De repente oigo las llaves entrar en la cerradura de mi celda. No, no es una celda de barrotes de esas que salen en las

películas, el lugar que habito está delimitado por cuatro paredes de cemento con una puerta metálica que tiene una ventanilla con reja. Me pregunto si habrá llegado ya mi abogado, pero en vez de eso aparece un agente, que sonriendo me dice:

—Estarás contento, estamos tan llenos que tenemos que colocar a alguien en tu celda. No creo que puedas tener mejor compañía.

Y al apartarse aparece un señor gordo con una larga barba blanca vestido con un ridículo traje rojo. Le han quitado el cinturón así que anda torpemente agarrándose los pantalones con las manos. Desde luego, la barriga y la barba son suyas porque de lo contrario se las habrían requisado. Tiene las mejillas sonrosadas, le brillan los ojos y su aliento apesta bastante a alcohol. Joder, Papá Noel, me cago en la puta.

—Jo jo jo—, dice, risueño a modo de saludo.

—¿Control de alcoholemia?—, le pregunto, mientras la puerta se cierra ruidosamente tras él.

Santa Claus se sienta enfrente de mí y suspira.

—Control de alcoholemia—, confirma, algo avergonzado. Le observo atentamente mientras echa un vistazo a su alrededor y recupera la compostura.

— ¿Te has portado bien este año? — pregunta, para romper el hielo, con una sonrisita socarrona que deja ver sus dientes amarillentos.

— ¿Acaso no salta a la vista?— le respondo, señalando la mierda de colchón colocado encima de esta especie de banco en el que estoy sentado.

Santa se ríe, comprendiendo y me dice.

—Bueno, yo tampoco he sido un santo.

Lo absurdo de la situación hace que estallemos en carcajadas y casi se me olvida todo mi odio hacia la figura de Papá Noel.

— Por cierto, ¿qué tal está Rudolph?— le pregunto.

— Ah, Rudolph, ese viejo amigo... Me está esperando en el trineo, esta noche toca reparto, ya sabes... Si me dejan salir.

— Joder Santa, estamos en el siglo XXI, ¿acaso no te has planteado nunca liberar a

los pobres renos de esta tortura que supone tirar trineos cargados de regalos? ¿No podrías comprarte un helicóptero o algo así? Te iría genial para bajar por las chimeneas.

El viejo abre los ojos, asombrado por la repentina hostilidad de mis palabras. Su sonrisa se tuerce y me dice:

— Relaja chaval, que solo soy un *mandao*. Siento decirte que Papá Noel son los padres. Yo solo trabajo en un centro comercial subiendo a niños sobre mis rodillas.

— Pero representas la imagen de la explotación animal—, respondo. ¿Sabías que en Estados Unidos llevan a los renos a los centros comerciales donde viven un estrés considerable? Se han dado casos de pobres animales que, desorientados, han huido teniendo que enfrentarse al caos del tráfico en las grandes ciudades, para ser capturados otra vez y seguir con la gira de la tortura.

Santa Claus me mira con una ceja levantada.

— ¿Sabías que en Finlandia hay toda una atracción alrededor de la figura de

Santa Claus y que puedes alquilar trineos tirados por renos? ¿Tienes idea de lo que supone para esos pobres renos toda esta explotación? ¿Te gustaría ser usado para tirar trineos de gordos occidentales?

— Me cago en la puta— dice Santa a regañadientes—. ¿Tú no serás uno de esos flipados de los animalitos? De esos que no comen carne y se creen mejores que el resto.

— No, no me creo mejor, ni superior, pero tengo unos principios que considero más elevados. Sí, soy uno de esos flipados de los que hablas y, ya que has sacado el tema, me extraña que no me conozcas ya que mi canal de YouTube tiene más de 800.000 suscriptores— le digo, intentando ver cómo reacciona, pero ese dato no parece impresionarle.

— Estoy aquí por haber liberado a los camellos que iban a usar para la cabalgata de los reyes magos—, prosigo, mientras noto que ahí sí que hay una reacción en su gesto. Genial, pienso, quizá no todo esté perdido con Santa—; ¿sabías que traen a esos pobres camellos en bodegas de barcos

mercantes? Los pobres están encerrados en esos agujeros sin luz natural, hacinados. Se revuelcan en sus propios vómitos porque, como bien comprenderás...

— No tienen costumbre de navegar y se marean—. Santa terminó la frase por mí.

Hubo un silencio incómodo. El viejo estaba observando las magdalenas que había dejado en el colchón.

— ¿No te vas a comer eso?—pregunta.

— Toma—, le digo mientras le acerco el paquete de tortura animal mezclada con harina—, puedes comértelas si quieres, yo no lo haré.

— ¿No tienes hambre?

—Sí, pero no hay alternativa vegana y estos hoy están de fiesta, así que no creo que nos traigan la cena, y si la traen estoy seguro de que serán productos de origen animal. Ya he estado otras veces aquí y es una mierda. Con un poco de suerte no tardarán en trasladarme a prisión... Aunque no lo parezca, ahí tengo más opciones alimenticias.

—En ese caso, tengo algo que puede ayudarte—, dice Santa, rebuscando entre los

pelos de su barba. Parece encontrar algo y usa las dos manos para soltar esa pequeña bolsa blanca.

—No me jodas Santa—, le digo. Y parecía tonto, pienso. Claro, la barba no se la han registrado.

—Aquí hay medio gramo—. Me dice mientras extiende la mano y coloca la bolsita entre mis manos—, qué suerte que tengas las uñas largas, ijo jo jo!

—Toco la guitarra.

—Ya, eso dicen todos—, me dice guiñándome un ojo.

Abro la bolsa cuidadosamente y uso la uña del dedo meñique para transportar un montoncito de cocaína hasta mi nariz. Aspiro el preciado polvo y me viene un regustito amargo de inmediato.

—Es buena—le digo.

—Claro que es buena, iba a llevarla a una fiesta importante. Esa clase de gente no se mete mierda.

—Así que aparte de ser Papá Noel te dedicas a esto—, le digo, mientras le acerco la uña cargada de nieve para que también esnife.

—¿Acaso crees que siendo Papá Noel se pueden pagar las facturas?

—No, claro, supuse que el resto del año tendrías otro trabajo.

—Ahora que estamos en confianza te voy a contar un secreto. Pero más te vale que no te vayas de la lengua, porque me la juego.

—Tranqui, Santa— le digo, y hago el gesto de cerrarme la boca con una cremallera.

—Yo no soy Santa Claus porque sí. Me viene muy bien para la magia.

—¿La magia? —le pregunto, sin saber muy bien si este tío está para ir a la cárcel o para el psiquiátrico.

—¿Tu sabes lo que hacen los magos?

—¿Trucos? ¿Ilusionismo?

—Más sencillo que todo eso, hijo. Más sencillo—. Y hace una pausa como saboreando las palabras que acaba de decir—. La magia se basa enteramente en la distracción, en hacer creer que la acción está ocurriendo en un punto para que centres tu atención en ello. De esta manera

no te das cuenta de lo que está ocurriendo en realidad.

—Entonces, cuando haces de Papá Noel, ¿en realidad estás haciendo otra cosa?— le pregunto, mientras empiezo a comprender por dónde van los tiros.

—Chico listo. Cuando hago de Papá Noel, yo estoy siendo el centro de atención. Mientras los padres y los niños hacen cola, mis cómplices, los elfos, se encargan de orientarles, darles las instrucciones precisas y hacerlos pasar. Y, en el momento indicado, se encargan también de afanar carteras, relojes, pulseras... Lo único que no hurtamos son los móviles, porque es lo primero que se echa en falta. Cuando salen de ahí, los niños están tan emocionados que les siguen robando la atención durante un buen rato y no se dan cuenta de que les falta algo hasta que ya es demasiado tarde. No pueden estar seguros de dónde ha ocurrido, pero a veces vuelven al centro comercial a dar aviso. Sin embargo nadie sospecha del enorme saco de Papá Noel, que va cargado de regalos para los niños. ¡Jo jo jo!

—Supongo que con eso haces el agosto—le digo, algo inquieto por la revelación de su técnica.

—Es importante saber escoger la zona, centros comerciales de clase alta, ya me entiendes. Si no, no vale la pena correr el riesgo.

—Y cuando no es temporada de Papá Noel, ¿te dedicas enteramente al trapicheo?

—Bueno, me dedico a muchas cosas. Cuando termine con Papá Noel me dedico a ser Melchor, y mis elfos a ser pajes. Luego tenemos vacaciones. A mediados de marzo empezamos a movernos en zonas turísticas, a hacer magia callejera. Puedo ser un buen trilerero, también se me da bien lo de mimo, uno de mis cómplices es experto en malabares y otro baila igual que Michael Jackson. La verdad es que el negocio va bastante bien.

—¿Por qué me cuentas todo esto, Santa?— le pregunto, decidiendo afrontar directamente lo que sea que está pasando. Estos detalles no se dan a cualquiera, aunque sea en el cuartelillo compartiendo droga.

—Tú... Tú has soltado los camellos—, me dice en un tono amenazante, mientras se levanta sin recordar que no lleva cinturón. Los pantalones están ahora a la altura de sus tobillos y puedo admirar sus peludas piernas y unos calzoncillos de slip blancos.

—Claro, ya te lo he contado antes—, le digo, apartando la vista y sin terminar de entender por qué ese dato adquiere importancia en este momento.

—Y de esta manera la has cagado pero bien. ¿Recuerdas? También soy Melchor. ¿O acaso crees que soy tan idiota como para que me pillen en un control de alcoholemia?

Mierda. Yo contaba con ir a prisión, pero no con vengativos timadores traficantes.

—¿Y qué es lo que quieres de mí?—le digo, con la mandíbula desencajada, no sé si del miedo o de la coca.

—Solo hay una forma de arreglar esto—, dice Santa, mientras se sube los pantalones y vuelve a sentarse—. Retiraremos los cargos, no irás a la cárcel. Convencerás a tu gente de que el uso de

animales para actividades festivas no es maltrato animal. Hablarás de ello en tu famoso canal de YouTube, y trabajarás para nosotros.

—Yo no quiero...— empiezo a decir, pero al ver la cara de Santa prefiero no terminar la frase—, ¿y qué pasa si no lo hago?

—No hay problema, seguiremos con el plan.

—¿Qué plan?

—Cumpliendo tu condena te pondrán un simpático compañero en la celda financiado por nosotros. Se dedicará a hacer de tu vida un infierno hasta que salgas, si es que sales vivo.

Con estas palabras, el viejo acaba de romper todos mis esquemas. Yo contaba con que mi periodo en la cárcel fuese más o menos tranquilo, y que al salir prematuramente por buena conducta, ya se hubiese olvidado todo. En mi planificación no entra este tipo de trato carcelario, y sí, soy un cobarde traidor, pero esto es lo que le digo, a regañadientes:

—Está bien, haré lo que me has pedido.

—Y otra cosa más. Te comerás el bocadillo que traigan para la cena.

—Pero eso...

—Te has llevado mis camellos, ¿no crees que es lo mínimo que debes hacer para compensar tal ofensa?

Mierda. Asiento con la cabeza y pienso que si me dan a elegir por lo menos pediré algo con productos de origen animal, y no el animal en sí. Como si siguiera indicaciones del viejo, llega el guardia, se asoma por la ventanilla y pregunta:

—Eh, vosotros dos, ¿tortilla o chorizo?

—Tortill... —empiezo a decir yo, pero Santa me interrumpe.

—Chorizo—, dice. Chorizo para los dos—, y girando la vista hacia mí añade—, considéralo un regalo de Navidad.

Y de esta manera es como empecé a trabajar para Santa. El resto, es historia.

## **Mireia Vancells**

---

### **La migdiada**

Consigna: Hazme saber, oh tú a quien ama mi alma, dónde apacientas, dónde sesteas al mediodía (Cantar de los Cantares 1:7)

—Què, quedem aquest dissabte, o què?  
—va preguntar ella mentre remenava el tallat

—Sí, no? —va respondre ell, engrescat—. Podem fer un cine, sopem fora, després vens a dormir a casa meva.

Havien coincidit al bar a l'hora de l'entrepà. Treballaven un a prop de l'altre, no feia gaire que sortien i encara no havien convertit la seva relació incipient en quelcom estructurat : estaven experimentant aquella fase en la qual tot està per fer, i tot és possible.

—I quan farem l'amor? —va preguntar ella—. A quina hora?

Ell la va mirar, sorprès.

—Com vols dir, a quina hora?

—Doncs això: a quina hora farem sexe?

Ell la va fitar amb els ulls com taronges.

—No sé... quan arribem a casa, no?

—A quarts de dues de la matinada?

—Bé... sí.

—Estaré massa cansada —va afirmar, com la cosa més normal del món—. No em va bé. Hauríem de quedar de manera diferent. Quedar, per exemple, per tenir sexe abans del cine, a l'hora de la migdiada. Practicar sexe... i anar al cine tot seguit.

—Però... aleshores no seria millor quedar per dinar a casa meva, fem la migdiada... sexual... i anem al cine després?

—No —va contestar, taxativa—. Perquè menjaríem massa,. Segur que ens atiparíem tant, que després ens vindria son i només voldríem dormir. Jo el que vull és fer la meva al matí, dinar de manera frugal i quedar amb tu a les quatre de la tarda per fer sexe. És l'hora en què estic més fresca. Ah! I no dinis res que porti all ni ceba. Ni ous durs, que fan mal alè. Ni espàrrecs, ni carxofes, que fan que els fluids del cos tinguin un gust horrible.

Ell no deixava de mirar-la. El seu esguard, que al començament de la

conversa era d'aprovació i de desig, havia anat mutant en una mirada d'estranyesa que ara, només un instant després, era ja del tot hostil.

—A mi m'agrada programar el sexe — va continuar ella, concentrada en la seva dissertació—. A tu no? Com qui organitza qualsevol altra activitat, no deixar-la a la improvisació ni a l' aquí te pilló, oi que m'entens? Perquè planificar-ho tot és garantia d'èxit. O sigui que m'agradaria demanar-te que a les quatre de la tarda tinguis posats llençols nets i que t'hagis afaitat i dutxat. I talla't les ungles dels peus, per favor, i que a la teva cambra hi hagi espelmes perfumades. Dues o tres, tampoc et passis.

Ell es va aixecar i es va excusar tot dient que anava un moment a lavabo.

Mai més no es van tornar a veure.

©Mireia Vancells - Octubre de 2018

## **I si perdonar no és una opció?**

Consigna: Enfrentar la muerte con la  
emoción del PERDÓN

Explicació, disculpa, compensació.  
Explicació, disculpa, compensació.  
Explicació, disculpa, compensació. Aquestes tres paraules li martellegen el cervell. La psicòloga li ha marcat els tres conceptes a foc durant l'any que porta anant a teràpia, un cop al mes.

Explicació, disculpa, compensació.  
Explicació, disculpa, compensació.

La seva mare agonitza en l'habitació d'un hospital. Els seus tres germans s'han passat les darreres setmanes fent torns de guàrdia, mentre la matriarca es va fonent, de mica en mica. Fan el cor fort. És el que toca. És llei de vida. Ella, però, no hi ha pogut anar cap dia. Cada cop que s'ha plantejat anar-la a veure, li ha sobrevingut un atac d'ansietat. Ha fet diversos intents. Un parell de dies ha aconseguit atansar-se fins a la porta del centre hospitalari, i allà li ha faltat l'aire, s'ha marejat i gairebé s'ha

desmaiat. En cadascuna de les ocasions ha hagut de marxar cames ajudeu-me, cap a casa. Un dia, fins i tot, es va armar de valor i, respirant pausadament, com si fes ioga, va aconseguir entrar en el vestíbul i pujar a la quarta planta.

Oncologia.

No va aconseguir sortir de l'ascensor.

Explicació, disculpa, compensació.

Explicació, disculpa, compensació.

D'avui no passa.

Avui és el dia. Avui, visitarà la seva mare moribunda.

La vol perdonar. Sí. La vol perdonar i deixar que se'n vagi en pau. Que camini cap a la llum, com diuen a les pel·lícules. Li vol perdonar tot el que va rebre de petita i que, encara ara, la bloqueja, l'enfonsa en la misèria de l'autoestima escadussera. Encara avui es desperta de nit. entre-suada, tremolant. Encara avui sent que no val, que no és prou bona.

Està disposada a perdonar-li-ho tot. Els insults. Les males cares. Els càstigs cruels. Les mirades assassines. El negar-li la paraula. El menyspreu. Els cops. Les mil i

una formes de referir-se allò que feia, tan tranquil·la, d'una manera tan freda. Plantofada, bufa, hòstia, castanya, cleca, pallissa, panadera, mastegot, bufetada, galtada, morma, galeta, nata, bolet, fava, castanyot, cop, clatellada, clatellot, pinya. Quin vocabulari tan dolent per a una nena tan petita.

Explicació, disculpa, compensació.

Explicació, disculpa, compensació.

S'asseurà arran de llit i, aprofitant que estaran totes dues soles, li parlarà dels fets, li parlarà dels sentiments i li parlarà de com, encara ara, tot allò li passa factura.

La vol perdonar. Sí. Però primer, amb el fil de veu que segurament li quedi, vol escoltar, de boca de la seva mare, tres coses: Una explicació. Una disculpa. I una compensació.

Després, ja veurà si la perdona.

## **Miriam Jareño**

---

### **Recuerdos de verano**

Las mejores vacaciones que recuerdo son aquellas que pertenecen a mi infancia. Cada verano me iba quince días o tres semanas al terreno de mis abuelos maternos y allí era feliz.

Montábamos los cuatro (mis abuelos, Estrella la perra y yo) en el Citroën Visa del año de la polca y nos íbamos al terreno; la primera parte del trayecto plagada de curvas peligrosas (y sin cinturón de seguridad!, pero aquí estoy, vivo para contarlo), y a partir de Martorell por autopista. Parábamos en El Vendrell a desayunar en Can Jan (unos bocatas enormes que yo em zampaba como una Carpanta en miniatura) y seguíamos hasta La Miralba, que era la urbanización perdida en medio de la nada, a medio camino de Valls.

Ese terreno ya no pertenece a mi familia, y es algo que siempre me ha dado mucha pena; me habría encantado que se

conservara, para poder regresar allí cada verano, pero la muerte de mis abuelos, el desinterés de mi tío y mi madre y otras circunstancias materiales no han hecho posible que esa casita siga en nuestras manos. En fin...

Como digo, allí era una niña feliz. Ya iba con los deberes veraniegos más que hechos, y mi única "obligación" era jugar y pasarlo en grande. Mi yayo Eduardo pintaba cada año la "bassa" (la piscina) de un azul muy típico, y yo siempre rondaba con él dándole la tabarra, hablando por los codos seguramente... Mi yaya María se dedicaba a las flores del jardín (Rosas, claveles, geranios, lirios de agua que me encantaban!) y el yayo al huerto, con sus tomateras, creo que algún pimiento...

Por las tardes nos íbamos a dar una larga vuelta abuelo, nieta y perra hasta la cantera abandonada, donde florecía romero salvaje en cantidades infinitas (creo que era romero, yo lo recuerdo como "espígol"). Mi yayo lo cogía, lo maceraba en alcohol y esa mezcla la usábamos para hacernos masajes para las torceduras (supongo que eso lo

aprendió mi yayo cuando fue boxeador amateur, a principios de los años 30); y bien que me iba, porque más de una vez me daba algún tortazo por los caminos de piedra...

Si nos hacía falta alguna provisión, el camino seguía hasta el pueblo de Les Peces y entrábamos los tres al colmado (en esos años los perros entraban en los colmados y nadie se escandalizaba; pero es que Estrella era la bondad y la docilidad hecha perra), y me suena mucho que la dueña del colmado le tirara algún trocito de jamón dulce, como premio.

Antes de comer y a media tarde, servidora se daba un largo chapuzón en la piscina, religión para no asarse allá! Mi yaya tenía que darme uno o dos gritos para que saliera del agua y fuera a comer, de lo contrario a mí no me sacaban del agua ni con grúa.

En la urbanización había varias casas desperdigadas, éramos vecinos pero no tocábamos puerta con puerta; a veces había niños de mi edad, y como nos conocíamos todos había ido más de una vez de casa en

casa preguntando por éste o aquél y jugando con ellos. Otros tiempos, como digo.

Mi yayo les ponía motes a algunas casas: La "casa del cuadro", "el valenciano", "la casa de madera"... En todas ellas yo había estado. Los de la casa de madera tenían un perro, Sultán, que era de la misma raza que Estrella: dos pastores alemanes bien majos que siempre iban juntos, parecían una pareja de novios caninos. El dueño de Sultán, el señor Antonio, me gastó una broma una vez: íbamos andando de vuelta de la cantera y yo me pegué un tortazo con un pedrusco del suelo, con la consiguiente herida en las rodillas. Pues va el señor Antonio y me tiró una moneda de cien pesetas!Y yo feliz por haberlas encontrado sin sospechar la chanza...

Historietas del "tros", como lo llamaban mis yayos, recuerdo mil. Me viene a la memoria también el algarrobo que crecía grandioso en nuestra parcela, una cucaracha que salió del fregadero y nos pegó un susto de muerte a mi yaya y a mí, las partidas la cinquillo y a algún otro juego de cartas, el

porrón de vino de mi abuelo (y algún que otro lingotazo que le pegaba yo a ese vino, sin que me haya vuelto una alcohólica)... La cama de matrimonio enorme en la que dormía, y que una vez, de tanto dar vueltas para medirla, me estampé contra la pared y luego casi me caí de ella por burra...

Vacaciones de verano!!! Qué felicidad... Y para rematarlo, se me acaba de pasar por la cabeza la cancioncita con la que anunciaban los libros de deberes veraniegos, los de Vacaciones Santillana. Soy una nostálgica sin remedio!

## **Raquel Cortés**

---

### **Perkele escribe por mí**

Todo empezó en una noche en la que me sentía sola. Tras los cristales podía ver como la ciudad se achicaba bajo una tromba de agua. El aguacero se adhería a las ventanas del comedor, relamiendo los cristales con lágrimas furiosas. Toda aquella lluvia que abofeteaba la noche, me imbuía en un estado de profunda melancolía. Supongo que todo el mundo siente la soledad en algún momento de su vida, pero para mí aquello era algo novedoso. La verdad es que me suelo sentir cómoda navegando por galaxias solitarias. No soy una persona muy dada a tener demasiados amigos y siempre he dicho que se vive mucho mejor sola que mal acompañada, pero hacía meses que apenas me relacionaba con nadie. Pasaba los días confinada en mi casa intentando avanzar en la que,

esperaba, iba a ser mi mejor novela hasta la fecha.

Llevaba estancada varios meses en la misma página. La historia no avanzaba. Me empezaba a sentir abrumada por mi incapacidad manifiesta para dar un giro maestro a la novela que estaba tejiendo. La cuestión es que uno de los personajes había comenzado a tomar sus propias decisiones y eso me molestaba sobremanera. Por más que intentaba que Perkele, nombre que había adjudicado al díscolo personaje, se aviniera a seguir la senda que yo había trazado, no conseguía dirigirlo por el camino que yo quería. En cuanto escribía su nombre, las palabras brotaban libres de mis dedos sin lograr yo poner un mínimo de voluntad en el argumento. Las frases se sucedían ante mí con tanta rapidez que era incapaz de entender lo que estaba escribiendo.

Esta eventualidad me fascinaba y me aterraba a partes iguales. Sobre todo me sorprendía el hecho de que

Perkele estuviera empecinado en matar a uno de los personajes, al protagonista nada menos. Aquello era del todo inadmisibile y comenzaba a sentirme ofuscada por su insistencia. Así que aquella noche, decidí cerrar el portátil. Me serví un vaso de ginebra con hielo, me senté en el sofá y me puse a hablar seriamente con Perkele.

Imaginé que tenía al personaje delante de mí, y tal cual me puse a hablar al vacío.

—Dime Perkele, ¿por qué tienes tantas ganas de matar al protagonista?

De pronto se oscureció la habitación. Pegué un brinco. Busqué a tientas el interruptor de la lámpara que había sobre la mesita que tenía al lado del sofá. Pude encender la luz, pero la bombilla chispeaba y lanzaba destellos tétricos que iluminaban la estancia solo unos segundos.

Con aquella luz fúnebre guiando mis pasos, me dirigí hacia la otra punta de la habitación. Oí una risa sofocada. Se me paró el corazón. Me lancé hacia

el interruptor que encendía la luz de la lámpara de techo, pero aunque lo accioné repetidas veces, la lámpara siguió muda en las alturas de mi gran comedor.

—Escucha la voz de Perkele.

—¿Quién habla?

—Soy tu sobra. Aquél a quien tú llamas Perkele. Aquél que transcribe todas tus novelas. Aquél que manda sobre tus palabras.

—Pero tú no existes. Eres tan solo el fruto de mi imaginación.

—Existo y ahora mismo escribo junto a ti este relato.

—Yo ahora no estoy escribiendo. Solo quería tomarme una ginebra y entender por qué quieres matar al protagonista.

La voz no contestó.

Las piernas me temblaban. El corazón hacía tiempo que se había desbocado en loca carrera dentro de mi pecho. Mis ojos exaltados escudriñaban las sombras de la estancia intentando

en vano encontrar el origen de aquella voz cálida y sibilante.

La noche rugía. Un trueno me detuvo, por unos segundos, la sangre y la capacidad de razonar.

—¡Di mi nombre!

—¡Di mi nombre!

—¡Di mi nombre!

—Per...kele. — Contesté con un hilo de voz.

—Lámame por mi nombre verdadero.

—No sé cuál es tu verdadero nombre.

—Busca dentro de ti. Lo encontrarás. ¿Acaso no eres un artesano de la imaginación? ¡Úsala! Has vivido conmigo muchos años. Sabes quién soy. Soy lo mismo que tú. Lo que imagines ser, seré.

La lluvia que azotaba las calles había cesado, mientras yo intentaba en vano organizar mi mente. Aquello no podía ser real, y, sin embargo, no podía dejar de escuchar esa voz. La voz de Perkele. La oscuridad se hizo más densa

dentro del cuarto. Ya ni siquiera podía distinguir ninguna sombra. Mi alma se empequeñecía con cada respiración que exhalaba de mi cuerpo.

—¡Pronuncia mi verdadero nombre!

El ser invisible rugió dentro de la habitación. Fuera el tiempo se detuvo. La reverberación de la voz de Perkele retumbó por toda la estancia y sentí introducirse los ecos de sus fonemas en cada uno de los poros de mi piel.

—¡Satanás! ¡Tú nombre es Satanás! — Aullé.

El comedor se iluminó de pronto. Vi el reflejo de mi cuerpo en el espejo de la pared del fondo. La imagen de mi propio ser que me devolvía la frialdad de aquél cristal, me era del todo desconocida. Me acerqué más a la extraña que se reflejaba en la pátina de aquél espejo. Me palpé la cara, los ojos. Agarré mi boca y la estiré para formar una mueca grotesca. Saqué una lengua rosada y desproporcionada. Amasé mi cabellera. La imagen del cristal sin duda era la mía, repetía cada uno de mis

gestos, pero era incapaz de reconocermé en ese ser corrompido que me observaba burlonamente al otro lado del espejo. Allí estaba Perkele. Ahora él era yo. Quizá siempre fui él.

Desde aquél día escribo sin parar. La soledad ya no existe. Yo, Perkele, Satanás, somos, los tres un único ser. Mis novelas se venden como churros. Los protagonistas siempre mueren. Me divierte crear situaciones agónicas donde los ilusos personajes acaban sucumbiendo bajo la insaciable parca. Adoro verlos sufrir. Me entretengo con sus gritos de dolor. Las atrocidades a las que los someto me hacen sentir como un dios. Les hago creer que pueden salvarse, y al final de la novela, izas! Se rinden a la muerte con un último estertor de vida. ¡Ah! No me gustaría ser uno de mis personajes.

Perkele comienza a estar nervioso otra vez. Cree que deberíamos empezar a dejar de imaginar situaciones trágicas para los protagonistas de las novelas y pasar a la verdadera acción, la vida

real. Estoy de acuerdo. De la experiencia vivida se puede sacar buenas historias de ficción. ¿No creéis?

## **Tradiciones Familiares**

La aldea duerme plácidamente bajo el crepitar del fuego de la hoguera. El cielo estrellado cubre con su manto acogedor de luminiscencia plateada, la quietud de las chozas. Nada se mueve a tu alrededor.

Más, icalla! ¿Qué es eso que se acerca sigilosamente a través de la penumbra de la noche? ¿Ves al pequeño zorro? El silencioso tunante se acerca a la comida de nuestro pueblo con intenciones aviesas. El desalmado ladronzuelo quiere ese gran trozo de gallina que tan sabiamente desplumó tu madre. Y tú, dejas que se lo lleve. ¡Ahí va el elegante pillo con su trofeo en la boca! “Corre, zorro, corre, algún día te pillaré” Piensas, y retozas un poco más en tu cálido lecho.

Sé que estás nervioso. Ansioso. Hoy es el gran día. Te has preparado a fondo para la fiesta. Todos te hemos dicho lo importante que es el día de hoy. Vas a ser guerrero. Uno de los guerreros más grandes que haya

conocido nuestro pueblo. Al menos eso es lo que te hemos estado repitiendo desde que eras un crío. Destacabas de entre el resto de niños de la tribu. Eres fuerte como el león, ágil como la gacela, listo como el elefante, y astuto como el zorro. Si te acorralan muerdes como el escorpión y serpenteas como la cobra. Tus enemigos te temen, nuestra tribu te adora. Gran Eimú, te llamamos. Eres invencible y tú sabes que es cierto. Pero aun así, hoy, eres incapaz de detener tu corazón. Tienes tantas ganas de empezar el camino de guerrero que sueñas con volar hacia el astro ardiente para despertarlo de su letargo nocturno y hacer que el día llegue más pronto.

Te permites soñar un poco. Te adentras en la maleza y recorres la penumbra con tus ojos. Has descubierto la guarida del gracioso zorro. Sus enormes orejas aparecen tras unas briznas de hierba. Aferras tu lanza. Te acercas al menudo animal. Apenas sientes el peso de tus piernas sobre tus pies. Eres ligero como el río, silencioso

como la brisa. El ladrón se siente seguro y devora su presa sin sentir tu perfume, ensimismado como está en el alimento que con suerte ha logrado quitar a nuestro pueblo. Te muerdes la lengua para no lanzar ese grito de guerra que tu boca ansía en pronunciar. Sientes los latidos del corazón golpeando fuerte en el pecho. Si atrapas al zorro serás un héroe para nuestro pueblo. Habrás vengado la afrenta. Volverás a la aldea con tu trofeo y todos te aclamaremos. ¡Oh Gran Eimú!

Las primeras sombras de la noche se aclaran. Diáfanos rayos de luz bañan el poblado. Te levantas del jergón impetuosamente. Estás listo.

Sabes que la ceremonia va a empezar con la tradicional ofrenda a los dioses de la aldea. Todavía no sabes cuál es la choza que eligió el cuervo que lanzó el brujo en lo más profundo de la noche, mientras dormías. Pero con la quema del infeliz dará comienzo la

ceremonia de iniciación. Al fin podrás ser guerrero.

Delante de tu hogar se concentra un gran número de gente. Parecen temerosos. Te preguntas si hay malos augurios. El gran Cuervo ha hablado, decimos. Diriges la mirada hacia el techo de las casas y lo ves posado encima de los troncos de tu hogar. Jamás conocerás las bondades de la vida del guerrero, pero todos te decimos que ser ofrenda de los dioses es el mayor logro al que un joven de la tribu puede aspirar. Debes sentirte orgulloso.

Caminas decidido hacia la hoguera. Eres el Gran Eimú. Imaginas que el pequeño zorro te verá arder ante los dioses y te sientes triste. Ahora víctima Eimú ruje en la hoguera el grito de guerra que bulle en tu pecho, lanza como ofrenda ese poderoso grito que no te dejaremos lanzar como guerrero y continúa orgulloso la tradición ancestral de nuestro pueblo.

## **Una noche. Infinitas noches.**

Todo comenzó la noche de un jueves de hace 130 años. Por aquel entonces yo era un vampiro joven. Sensible. Solía cazar de noche al abrigo de la oscuridad. Acechaba a mis víctimas entre las sombras de caminos polvorientos. Dentro de túneles. Bajo puentes. Cualquier sitio solitario era bueno para actuar con sigilo. Me alimentaba de campesinos, prostitutas, mendigos, pobres diablos sin nada que perder. Tomaba a mis víctimas con delicadeza. Clavaba mis dientes con ternura en sus frágiles cuellos. Les adormecía con un sutil beso. Saciándome con su roja leche como un cervatillo se sacia con el agua cristalina del río. Hasta que sentí la llamada de la belleza.

Una noche de verano de hace 130 años vi al ser más bello que jamás hubo pisado la faz de la tierra. Era un niño menudo que se asomaba desde una ventana para saludar a las estrellas que lucían en el firmamento. Sus dorados

cabellos brillaban bajo el resplandor de la luna mientras él se reía alegremente. Su risa trajo a mis oídos música con aroma a primavera. Pero aquella alegre voz infantil también abrió un profundo abismo en mi corazón. Sentí frío. Olfateé el aire nocturno como un tigre famélico que busca el rastro de otro animal cercano. La fragancia que emanaba de aquél joven cuerpo humano era dulce como los jazmines en flor. De pronto noté un hambre atroz. Estaba hambriento como nunca antes lo había estado. Las entrañas me rugían. Aullaban, pidiendo algo de comida con que acallar el inmenso vacío que llenaba todo mi cuerpo. Aquél niño que cantaba a la noche desde la ventana abierta de su habitación, me enfrentó a la verdad que había estado ocultándome hasta entonces. Yo era un ser sin alma. Una aberración. Un cuerpo muerto en perpetua búsqueda de vida. Aquél ser inocente me regaló, con su perfumado olor, aquello que no había querido ver hasta el momento. Supe

entonces, que por mucho que intentara saciar el hambre que me consumía, jamás dejaría de sentirla. Mi hambre era un pozo sin fondo. Mi hambre era eterna. Aquella noche no quise mancillar a la criatura. Corrí hacia el bosque. Durante unos días me alimenté de ratas. Pero el hambre seguía gimiendo en mis entrañas. Aquella ansia era mi manto. Siempre encima de mí. Cubría mis hombros. Mis pulmones. Mi sangre. Mis vísceras. Mi mente. Mis pensamientos. Lo llenaba todo. El hambre. Siempre ella. Agarrándome. Agotándome.

Finalmente una noche sin luna me encaramé a la ventana donde había visto a la frágil alma infantil. Penetré en la estancia. Sació mi sed. Mientras bebía la sangre de aquél precioso niño no sentí hambre. Lloré de placer. Al fin el ansia se aplacaba. Cuando terminé de alimentarme, dejé el cuerpecillo sin vida de la criatura sobre la cama. Lo cubrí con las sábanas. Besé sus

delicados labios por última vez y salí de aquella casa para no regresar jamás.

Tras ese suceso, me prometí no volver a alimentarme de niños. Durante años viajé por todas las partes del planeta buscando hombres corruptos, infelices, o sencillamente, insignificantes. El mundo estaba lleno de ellos. Miserables hombres. Sois tantos. ¿Cuántos de vosotros no hubierais podido servirme de alimento? Pero aun dándome banquetes de sangre, el hambre siempre estaba allí. Era mi compañera. Mi carcelera. Mi esencia.

Una noche en la que el ansia era el único pensamiento que brotaba de mi cuerpo, me regalé lo que me había estado negando. Como un miserable ladrón arrebaté a una niña de seis años de entre las cálidas mantas del lecho donde dormía. Era una maravillosa criatura. Blanca como la nieve. Frágil como la espuma. Tierna como el amanecer. La llevé a una arboleda fuera del pueblo y la mordí brutalmente,

vaciándola en segundos. Me bebí hasta su última gota de vida. Cuando terminé de comer dejé caer el cuerpo inerte de la pequeña sobre la hierba del campo. Aquél cuerpo menudo cayó como una pluma. Sin emitir sonido alguno. No sentí lástima. El hambre se había callado. Solo unos segundos. Pero para mí aquella efímera porción de tiempo sin sentir el ansia me renovó por completo. Volví a sentirme fuerte. De nuevo era capaz de luchar contra el hambre durante meses. Años incluso. Abandoné a la niña sobre la hierba. El viento bailaba a su alrededor. El pálido camisón que la pequeña llevaba puesto, se mecía sobre el herbaje. Miré a la niña por última vez. Parecía una blanca paloma muerta sobre las olas del mar.

Después de aquello otra vez anduve por la tierra alimentándome de deshechos humanos. Durante décadas he sorbido la sangre hueca de los adultos. Años y años bebiendo la misma sangre podrida de hombres y mujeres. El ansia sigue ahí. Mi fiel compañera.

Desde hace unos días siento que voy a encontrarme ante la misma encrucijada. ¿Luchar contra el hambre o ceder ante ella? ¿Qué más da? Sé que por mucho que cambie de camino, la lucha contra el ansia tiene una senda marcada. No hay bifurcación alguna, ni final del camino distinto. El final y el principio de mi lucha contra el hambre empiezan y terminan ante un cuerpo infantil. La historia se repetirá una y mil veces mientras la tierra siga girando. Dejad que los niños se acerquen a mí. ¿Lo haréis? ¿Los dejaréis acercarse a mí? ¿Y si no fuera un vampiro, los dejaríais acercarse a mí?

## **Sergio Bonavida Ponce**

---

### **Feliz Navidad, Señor Scrooge**

—Ebe... —Tim susurra con cariño el apodo de su abuelo adoptivo.

—No molestes al señor Scrooge — Bob, su padre, se lleva el dedo índice a los labios—. Necesita descansar.

—Ven aquí. —Le acaricia Martha, su mamá, intentando que el jovencito no atosigue al anciano.

—Estoy bien, familia —Sonríe el viejo Scrooge quien levanta cansado los párpados—. Dejad al pequeño a mi lado.

—Ya no soy tan pequeño, abuelo.

—Cierto es, Tim. Ya eres todo un hombrecito.



Martha sonrío con tristeza en dirección a la cama, dentro de ella, Scrooge arropado por pesadas sábanas, se reconforta en su calidez. Un grueso

camisón le viste el cuerpo. A pesar de ello, el frío lo atenaza y un pequeño escalofrío le recorre visiblemente. El reverendo, el señor Halppier, se santigua y murmulla un pasaje de la Biblia.



—¿Habéis repartido la comida en el asilo? —pregunta Scrooge con una gran sonrisa en la boca.

—Sí, Mr. Scrooge —responde Fred, quién justo en ese momento entra en la habitación.

—¿Estás aquí, sobrino?

—Recién acabo de llegar del asilo de niños. ¿Puede verme, tío?

—Un poco, querido, veo borroso. Lo lamento mucho. En el día de Navidad deberíais estar festejando y no cuidando de este viejo.

—No digas tonterías, has sido un buen hombre. Los niños del asilo te mandan besos y abrazos. Y aquí todos te queremos.

—Sí. Te queremos —proclama un revoltijo cariñoso de las voces de sus seres queridos.

\*  
\*\*

Pero Scrooge ya no los escucha. Únicamente observa, colgadas en su cuarto vacío, las pinturas de rostros conocidos: un bello retrato de su antiguo amor, Belle; la vieja y leal señora Dilber, su socio Jacob Marley, su antiguo patrón el buen señor Fezziwig...

Entonces, a los pies de la cama, aparecen dos fantasmas: el fantasma de la navidad pasada y el fantasma de la navidad presente.

\*  
\*\*

—Hola, queridos. ¡Cuánto tiempo! ¿Qué hacéis aquí?

—Vas a venir con nosotros — responde el fantasma de la navidad pasada—. Ya es tiempo.

—¿No está el fantasma de la navidad futura?

—No vendrá más —se disculpa el fantasma de la navidad presente.

—Pero te hemos traído a ella — aclara el fantasma de la navidad pasada.

—¿Ella? ¿Quién es ella? —Scrooge duda. No ve a nadie más, a excepción de los dos fantasmas.

Entonces, a los pies de la cama, una forma desdibujada, comienza a adquirir forma. Una mujer de facciones muy hermosas le observa.

—¿Belle? ¿Eres tú, querida? ¿Te casaste? Espero que fueras muy feliz — Una lágrima rueda por el rostro del anciano.

—Sí, me casé, y fui muy feliz. — Sonríe, y esa sonrisa con miles de brillos de estrellas se la contagia a Scrooge que la observa embelesado—. ¿Quieres venir conmigo, Ebe?

—¿A dónde me llevas, querida?

—A un lugar donde solo existe el amor.



Belle extiende su mano a Scrooge, este la toma entre las suyas. Ya no tiene frío. Los fantasmas canturrean una alegre canción. Los fantasmas, Belle y Scrooge desaparecen envueltos en un brillo, tan blanco, como la nieve que cae en este día de Navidad...

## **Sílvia Fortuny**

---

### **Què vols?**

Sí, de fa dies que he notat la teva presència. Sé que em tornes a rondar. T'he mostrat indiferència però tu, obstinada, exageres la teva visibilitat, i jo , també obstinada, m'entesto a no fer-te cas. Cerques una escletxa per on entrar, ni que sigui d'esquitllentes, perquè sap que un cop dins, ja instal·lada, aconseguiràs reprendre el nostre idil·li, penses, però no saps. No saps que després de tu soc inexpugnable, soc una roca sense fissures.

I et presentes amb un nou somriure, diferent d'aquell primer, són somriures únics, mai ningú pot mostrar-se amb un somriure tan ben dibuixat, però són somriures manllevats, tant aliens a tu, tant estranys a la teva pròpia natura,

que per això són diferents a tots els altres.

Però després del somriure, i ja captivada per tu, ve l'abdicació. Imperceptiblement envaeixes dolçament tots els espais. I certament, tens aquest poder. Primer, amorosament, no deixes que m'alci del sofà. Sí, ho recordo, la teva seducció era silenciosa però persistent, encabat no vas voler que em llevés em passava els dies somorta el llit, però era tan reconfortant que tu decidissis per mi. Era tant benèfic no haver de preocupar-me de res. Era fascinant que tu t'ocupessis de tot i que jo no hagués d'ocupar-me de res.

Estava tant captivada que res podia fer que t'abandonés. La Lídia em va deixar, després de més d'un any de combatre't es va notar vençuda i no es va veure en cor de seguir lluitant contra tu. La recordo al llindar de la porta, plorant, mirant-me, esperant una reacció, un gest, una paraula esperançadora que la

fes desistir de marxar, però va esperar debades, mentre tu la miraves altivament sabent-te vencedora.

Sense la Lídia que em cuidés, vaig amagrir, vaig empal·lidir, el meu cos emetia una fortor que empudegava tota la casa, però això no tenia cap mena d'importància perquè tu eres allà per amortir cap brogit de la raó.

No, tampoc els de casa entenien que tu fossis tan seductora. La Núria, recordes la Núria? La meva germana, se'n feia creus, només repetia, "com és possible? Tu no eres així?", però tu em cobries les orelles per tal que jo no l'escoltés.

Sí, ho rememoro tot. La Lídia no va tornar cap més dia, però em trucava per telèfon m'enviava missatges al mòbil que jo no responia. Vaig deixar d'obrir.-li la porta a la Núria a qui tampoc responia els missatges. Les amigues poc a poc van deixar de venir, de trucar, d'enviar missatges i la solitud va irrompre per arreu. Ara sí t'havia sortit una rival, la solitud mica en mica va anar esgarrapant espai i et va anar

arraconant, tu t'hi resisties, li plantaves cara, però ella guanyava terreny. Sí, recordo que jo era al mig d'aquesta pugna.

Faig memòria. Tu eres la dolçor però quan veig mirar la solitud de cara hi vaig veure el terror. Que la solitud s'instal·lés em causava un espant insuportable. Quan la vostra guerra era en el punt més aferrissat, amb dificultats em vaig alçar, vaig obrir la porta i vaig trucar la veïna. Això si ho recordes, oi? Aquí us vaig vèncer, a tu i a Ella.

I ara, ho tornes a provar, però no saps. No saps que després de tu soc com una roca sense fissures, per això obriré la porta i sortiré al carrer.

## **Juan Pablo Fuentes**

---

### **Luces de Navidad**

Le despertó una luz roja, intermitente, que se colaba por los porticones de la ventana. La iluminación que le avisaba, con dos meses de antelación, que se acercaba la navidad. Cada noche, al irse a dormir, las paredes de su cuarto parecían el reservado de un puticlub.

El sábado se arregló lo mejor que pudo para su cita de Tinder. El restaurante tenía un árbol, enorme, con luces que serpenteaban con caóticos patrones. A pesar de su mal humor la chica accedió a ir a su casa, quizás porque estaba tan desesperada por un poco de calor humano como él. Hicieron el amor de forma rutinaria, por compromiso. El resplandor rojo que iluminaba la cara de la chica hizo que le resultara difícil correrse, notó su cara de fastidio y fingió un orgasmo desganado.

Todo fue a peor. Las luces invadían la ciudad anunciando el imperio de la hipocresía. Consume, compra, se feliz. Sonríe aunque te mueras por dentro. Al final del camino la cena de familia, con la bruja de su hermana, el idiota de su cuñado y los salvajes de sus sobrinos. Pero su madre. Balcones con muñecos escalando rodeados de rojos y azules parpadeando. Neones en los escaparates de las tiendas. Fuentes blancas de fibra óptica surgiendo de árboles de plástico. Cada noche el tic tac rojo como una cuenta atrás del desengaño. Le llenaba de una angustia indefinida, una piedra en el zapato, un picor en un sitio donde no se podía rascar.

24 de noviembre y a sus pies les costaba arrastrarse hasta la casa materna. Tomó un desvío, por el puente, para tardar un poco más. Se asomó a las aguas oscuras, que reflejaban el espectáculo de iluminación de las alturas. Pasó por su cabeza buscar el descanso en la oscuridad del

fondo, pero no quería que las luces le humillaran. Su cuerpo se asomaba peligrosamente por la baranda cuando sintió un golpe en el hombro.

--Feliz navidad, amigo, toma un trago.

Pantalones y chupa de cuero, con una calavera en cada solapa, camiseta con las llamas del infierno sobre una enorme barriga cervecera, una enorme barba blanca y un incongruente gorro de papá noel. Sus ojos transmitían alegría y confianza. Bebió tímidamente de la botella, un licor suave en la garganta y fuerte en el estómago. Le devolvió la botella.

-- Llámame Nicolás. Mi verrdaderro nombrre es -y pronunció un sonido como el de un vikingo ahogado en sangre cagándose en tus muertos-perro no serras capaz de prronuciarrrlo, así que llámame Nicolás. Tú estás sólo, yo también ¿Quieres venirr conmigo de juerrra? Yo invito.

Pensó que cualquier excusa es buena para escapar de una cena de

Navidad y le dijo que sí, pero que sería difícil encontrar un sitio abierto esa noche, alguna cafetería.

-- No te preocupes, yo conozco.

Se metieron por unas callejuelas que no conocía y golpeó en una puerta metálica que se entreabrió discretamente, dejándolos entrar. Un bar clandestino con música rock.

-- Aquí se reúnen los que están al margen de las convenciones sociales, al margen de la sociedad, los solitarios... lo mejor de cada casa.

A los cinco minutos ya estaban hablando con todo el mundo. La vitalidad desbordante de Nicolás era contagiosa. Acabaron cantando villancicos. Nicolás se subió a la mesa y se puso a cantar una canción en un idioma que no era capaz de reconocer y muchos menos de entender, pero que parecía hablar de que no importaba el frío que hiciera fuera siempre que se tuvieran cuatro paredes y amigos con los que pasarlo bien.

No recordaba como habían llegado al hotel de Nicolás, una suite de lujo ni por qué estaba besándose con Montse, una profesora de preescolar con la que había estado hablando en el bar.

-- ¡Amigo! Ven a probar un poco de esto.

Sobre la mesa cuatro rayas generosas y un canutillo de plata. Él se excusó diciendo que la coca no le iba, que le daba ganas de vomitar y dolor de cabeza.

-- Porque lo que tu prrobarrías serría mierrda corrtada con matarratas. Esto viene dirrecto de la fábrrica del cielo.

Esnifó por no desairar a su amigo y sintió un golpe en la cabeza que le hizo perder la respiración. Todo en la habitación le parecía más real. Sus temores y angustias parecían diminutos, se sentía fuerte, poderoso. Montse le cogió de una mano, arrastrándolo a una habitación y se dejó llevar. Se desnudaron, se acariciaron, se mordieron. Todo era brillante y

nuevo, como si estuvieran descubriendo el sexo. No tuvo ningún problema para correrse, y ella tampoco.

Se levantó para ir al baño y, al volver, se quedó mirando por las ventanas las luces de la ciudad.

-- ¿Qué pasa amigo? ¿No lo estás pasando bien?

Él le explicó que sí, que lo había pasado muy bien, pero que las luces lo agobiaban, le producían una angustia indefinida.

-- ¡Claro, las luces! Son una mierda, siempre me joden la navegación. Vístete deprisa que nos vamos.

En el parking del hotel tenía la moto, una Harley Davidson que parecía forjada en las entrañas del infierno.

-- Ponte tú mi casco. Yo tengo la cabeza muy durra.

Y se lanzaron a la carretera, sin saber a dónde, el faro iluminando de un color naranja tirando a rojo la carretera. Subieron por una cuesta zigzaguante hasta el costado de la presa que había

más arriba, en el río. Nicolás sacó unos alicates y una llave inglesa del maletero de la moto.

-- Ahorra silencio absoluto. Seguro que los de seguridad están celebrando y algo borrachos, pero hay que tener cuidado.

Abrió un agujero en una verja metálica y se colaron como ladrones. Parecía saber lo que se hacía, fueron hasta una enorme caja de la que salían cuatro cables gordos como una anaconda. Con la llave inglesa, a veces girando tuercas, a veces golpeando, arrancó las conexiones. Con grandes golpes destruyó el cuadro eléctrico.

-- Así les costará más arreglarlo. Vamos, corre.

Salieron corriendo hacia la moto y escaparon del lugar del crimen. Aparcaron en un mirador desde donde se podía ver la ciudad, completamente a oscuras.

-- Que hermoso espectáculo. Así erran las cosas antes. Fueron nuestros primeros regalos, comida para

sobrevivir al duro invierno y protección contra los peligros de la noche. Que mi barriga no te engañe, todavía soy capaz de partir a un lobo por la mitad con estos brazos. Perro ya no hay lobos. Habéis derrotado a la noche con vuestros artefactos y ya no os servimos para nada. Gracias por haberme hecho sentir útil de nuevo.

Nicolás seguía hablando con la verborrea imparable de los que van hasta arriba de cocaína, pero a él lo invadía la modorra del alcohol y fue cerrando los ojos mientras escuchaba de fondo su parlamento sin fin,

Lo despertó la luz cegadora del sol, dándole en la cara. Tenía la boca pastosa y mucha sed pero nada de resaca. Nicolás no estaba. Le parecía recordar, pero seguramente había sido un sueño, una luz roja que subía hasta el cielo, como una estrella fugaz al revés, y una voz que decía 'Hasta el año que viene, jou, jou, jou' Al mirar el móvil para ver la hora vio que tenía quince llamadas perdidas de su familia

y muchos mensajes de Whatsapp, se preocupaban por si le había pasado algo por el apagón. Les contestó que estaba bien, y que le esperaran para comer.

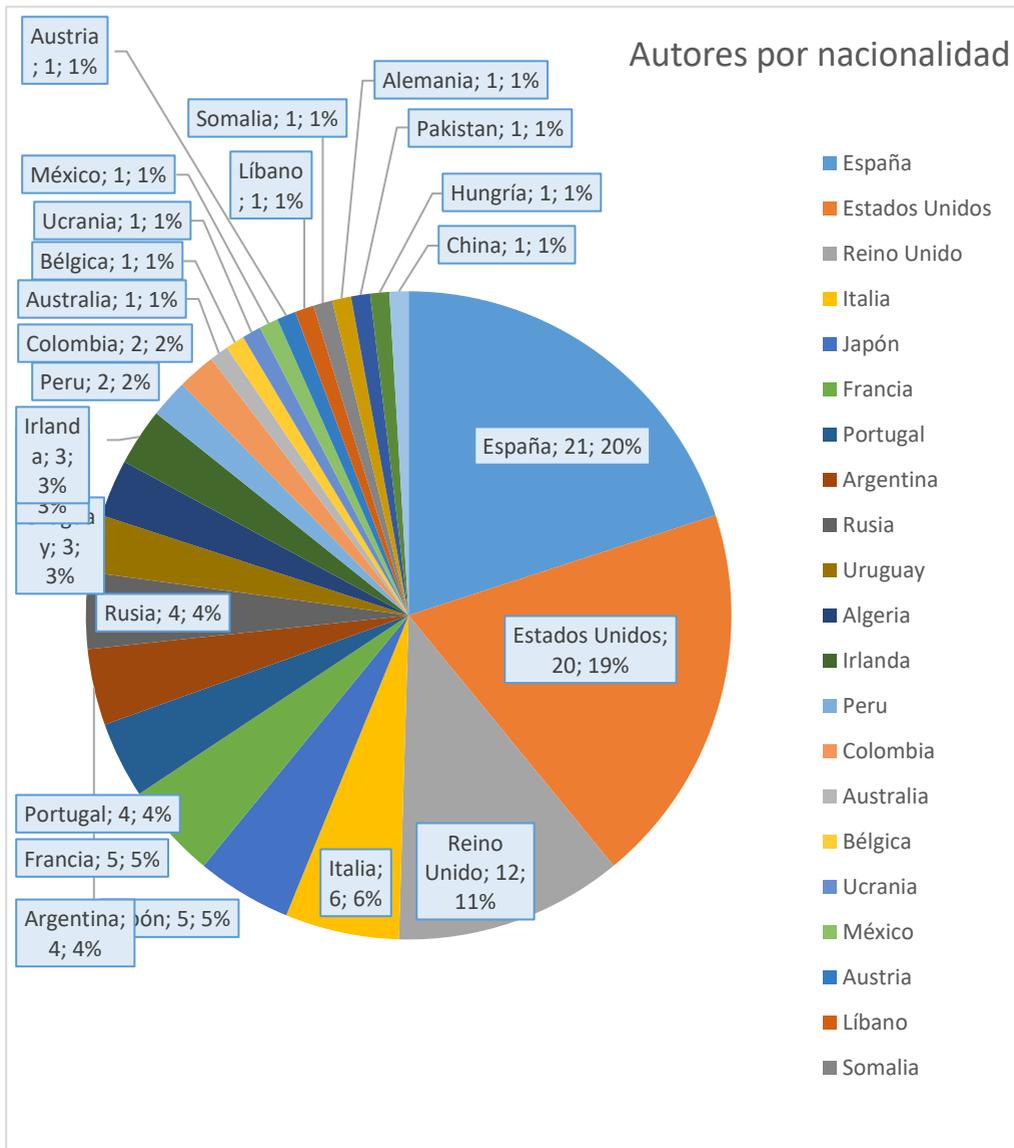
Cuando llegó a la casa de su madre estaba tranquilo. Abrazó a su cuñado, que sólo le pareció un pobre hombre que intentaba ser simpático con él. Sus sobrinos eran niños al fin y al cabo, era normal que fueran tan gritones y tan tratos. Y su hermana, bueno, su hermana seguía siendo una hija de puta inaguantable, pero la podría soportar por un par de horas.

Al llegar a su casa y buscar las llaves se encontró en el bolsillo un papel con el número de teléfono de MONTSE. No recordaba habérselo pedido pero le alegró. Le mandó un whatsapp diciéndole que le había encantado conocerla y pidiéndole una cita para verla de nuevo. Se tumbó, cansado, en su cama. El resplandor rojo seguía iluminando sus paredes, pero no le hacía ningún efecto. La piedra había

desaparecido, el picor había sido rascado. Recordó la frase 'Hasta el año que viene' y pensó que Nicolás parecía alguien que cumplía sus palabras. Su móvil vibró. Un mensaje de Montse 'Yo también lo pasé muy bien ¿Nos vemos mañana?'

# **ESTADÍSTICAS**

## Autores recomendados





**LETRINUARÁ...**